



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO
La comedia femenina.

UN PEQUEÑO REPÓRTER;
De la semana picaresca.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA
Por esos mundos de amor...

FÉLIX RECIO
El amor todo lo puede.

LUIS DE OSSA
Epigrama.

CLEMENTE DE CASTRO
La sonámbula.

FERNANDO AMADO
El precio... de un cubierto.

ELÍAS SANCHO GALLELL
De mi lira.

JACINTO CARMÍN
El gran secreto.

MARIO EGEA
Besos de amor.

JULIO MATA
Una encuesta curiosa.

TOVAR, DEMETRIO, ALFONSO
y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Paquita Escribano y otros dibujos.



PAQUITA ESCRIBANO

5 cénts.

Que después de haber renovado laureles en Madrid,
se dispone a hacer una «tournée» por el Norte.



DIOS NOS LIBRE, LECTOR, DE UNA «BRAVÍA»
QUE NOS PEGUE UN TIRITO CUALQUIER DÍA!

Hoy las «socias» adelantan,
que es una barbaridad...
Hay «furchias» de pelo en pecho,
mujeres de armas tomar,
«gachis» que rompen cabezas
y «superhembras» que dan
«mulé» al hombre que las quiere
seducir ó abandonar.

El sexo «débil» se ha puesto
de una forma, que ¡ya, ya!...
No sostendré yo la vieja
teoría de que hay
quien va armada por la calle,
con la «cabriterera» en la
liga; pero sí aseguro
que algunas suelen llevar
revólver en el bolsillo
«sinjestro» del delantal,
y si un «gachó» las ofende
dicen: «Me vengo, ¡y en paz!»
(sin que venga lo del vengo
de venir; es de vengar.)

Mal año para Tenorios
callejeros el actual,
pues son muchas las mujeres
que hoy día tiran á dar;
y si el burlador es «blanco»
y, en vez de un donjuan, un Juan
Lanas ó un Juan de las Viñas,
¡para qué quiere ya más!

*Antiguamente eran dulces
todas las aguas de mar,*
así cual las hijas de Eva
para los nietos de Adán;
pero hoy aguas y mujeres
enturbiaron su caudal,
y se han vuelto más amargas
que acibar ó rejalgar.

Antes Doña Inés de Ulloa,
seducida por Don Juan
—como ya saben ustedes—
en la escena del sofá,
le daba alegre la pura
flor de su virginidad

y, cuando él la abandonaba,
no hacía sino llorar...

Luego ha habido en las costumbres
un cambio tan radical,
que las mujeres ya tiran
—como dije antes—á dar,
y á los que las abandonan
ó las seducen, les dan
su pinchazo ó su tiritito
por delante ó por detrás.

Como Dios no lo remedie,
va á ser preciso emigrar;
porque se han puesto las hembras
de una forma, que ¡ya, ya!...
Tal como hoy están las cosas,
¡quién actúa de donjuan,
si hasta se sienten bravías
las mozuelas en agraz...

Si donde las dan las toman,
donde las toman las dan,
y ha de estar á las maduras
quien á las duras está...
De todo lo cual se infiere
que, si ellas tiran á dar,
va á ser lo mejor dejarlas
que vivan con sus papás...

Yo, que fui en mis verdes años
un formidable donjuán,
he decidido cortarme
la coleta, porque ya—
no siéndonos permitido
seducir ni abandonar
á las sucesoras de Eva—
los descendientes de Adán
estamos en este mundo
(como quien dice) de más...

Imitad todos mi ejemplo,
lectores, y renunciad
á amarlas: como no sea
que las llevéis al altar,
si es que os placen las «dulzuras»
de la vida conyugal,
pues (para mí) es el remedio
peor que la enfermedad...

Carlos Miranda

LA COMEDIA FEMENINA

MERCEDES, Lola y Rosario eran tres hermanitas, amigas íntimas, muy reatadas y pícaras que jamás consiguieron en que yo las dijese una frase atrevida ó la contase una anécdota algo picante. Mi conversación siempre fué con ellas: lo más honesta y ñoña del mundo; jamás solté en su presencia una de esas frases crudas con que á veces los hombres hacemos colorearse las mejillas de doncellas..

Doncellas eran, y bien doncellas, aquellas tres muchachitas y no querían dejar de serlo; y yo, que entonces era libertino, jamás quise ligar vínculos estrechos con ellas, doctrina expresada en aquella copla andaluz:

*No quiero amor
[con doncellas,
que las casadas me
[dan
todo lo que necesito;
me disen si quiero
[más.*

Conversaba con ellas de cosas indiferentes, de toros, de teatros, de libros, de todo lo que no pudiera hablarles á la animalidad y sí al espíritu, de todo lo que no hiciera mella en su organismo delicado y nervioso de virgencitas mortales.

Me consultaban los teatros adonde podían acudir; y un día tuvimos un disgusto serio por que las aconsejé ver *La casta Susana* y *El conde de Luxemburgo*. Sitiaron esas realizadas. ¡Oja, aquellos reservados del *Moulin Rouge*, qué escandaloso; aquel académico, qué alegrillo de cascós; y aquel vals de los besos, qué subido de color!...

— ¡Mamá nos ha dicho que no tomáramos consejo de ti en nada para lo sucesivo! — me dijeron al día siguiente.

En cambio, los cinematógrafos las deleita-

ban. ¡Oja, aquella penumbra incitante y misteriosa, que deja los rostros inescrutables y ambiguos y permite á las manos deleitarse en culpables complacencias!... Después, cuando la luz se hace — como en el principio del mundo — aparecen los semblantes marchitos y extenuados de placer... Pero, ¿qué importa? La gente es discreta y — poco más ó



— Pero usted me obsequia y no ha pedido nada.

— Es que mi alimento es exclusivamente lácteo, y como la merengada me hace daño y la natural la adulteran, no sé, hija mía, qué leche voy á tomar ya.

menos — todos están haciendo lo mismo. La sabia voluptuosidad se cubre aquí con cenizas de recato...

Una tarde, encontré á las tres hermanitas en un cine de los barrios populares, cada una con un muchacho á su lado. Los tres acompañantes eran mancos de la mano derecha, mientras con la izquierda sostenían el cigarrillo, y los tres cubrían el regazo con amplio g-ban... Rosario, Lola y Mercedes mostraban en sus ojos la sensación de la voluptuosidad satisfecha. Se hicieron las desentendidas para no saludarme.

A los pocos días fui á su casa para llevar-

SUGERIDOS...



—¡Pero es verdad que no has conocido á ninguna mujer de esas malas?

—Que no, señora, que la primera que he conocido es usted.

—Los unos libros que me habfan pedido prestados.

—¡Con tal que sean entretenidos, todos nos gustan, me dijeron.

Les llevé *El amor de los amores*, de Ricardo León, y *Gloria*, de Galdós. Me los devolvieron por insulsos y secos. Entonces les llevé *Las Demi-vierges*, de Prevost, *Las ingenuas*, de Trigo, y *Afrodita*, de Pierre Louys. A Lola y Rosario les encantó singularmente esta obra; hubieran querido hacerse cien lenguas para elogiar lo bien que estaba descrito el amor de las dos cortesanas. A Mercedes, en cambio, le deleitaban las escenas de Prevost. Mercedes, Rosario y Lola no tienen novio ni quieren tenerlo.

¡Ahora lo comprendo todo!, como dicen en los dramas del siglo pasado.

Andrés González Blanco

Biblioteca Regional de Madrid

Don J. N., un viejo senador conservador, amigo nuestro, estuvo hace pocas tardes en la Exposición contemplando los cuadros de Julio Romero de Torres, y cuando regresaba por la calle de Alcalá, serio y circunspecto, obsesionado por la visión de las mujeres que crea el gran pintor, halló junto á La Elipa á una muchacha alta, fina y bonita...

J. N. se sintió conmovido á la vista de aquella mujer apetitosa, y abordándola la invitó á cenar.

—Es la primera vez que un hombre me hace semejante proposición—dijo ella—, y, la verdad, no sé si debo aceptarla...

Llegada la hora, avistáronse en el sitio convenido y se dirigieron al restaurant, convenido también. Una vez en el gabinete el camarero preguntó á la «inocente»:

—¿Quiere la señora el champagne de costumbre?

Estupefacción de J. N. y rubor verdadero de la doncella... Gracias á que al acabar la entrevista, tan experta se mostró ella en el arte de amar y tan cañifiosamente trató á J. N., que no sólo no la guardó éste el menor rencor, sino que le pidió otra cita para el día siguiente.

Es que muchas veces resulta superior la experiencia á la inocencia...



—Anda, Ambrosia, procura que esté caliente el agua.

—¿O caliente á tí? ¡Del tiempo, y gracias!

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

SONATA DE ESTÍO

STAMOS en plena desbandada.

En cuanto que el sol ha empezado á ponerse pesado, picando más que una de las obras alegres del repertorio italiano, todos los que tienen algo más de cuatro pesetas setenta y cinco céntimos pescan las

maletas y salen á escape para las playas del Norte, dejándonos en la mayor orfandad y desamparo á los infelices que, á lo sumo, podemos tomar el tranvía de las Ventas y cada ocho días un chico de horchata, con ó sin paja.

Antes de ocho días, la soledad más espantosa será con nosotros. Detrás de los hombres públicos se irán las mujeres públicas, ó viceversa, y hasta que vuelvan á venirse, pasarán seguramente sus buenos tres meses. De suerte que ahora todo Madrid va á quedar como feudo de los infelices faltos de medios y de extremos, y como nos quedamos en familia, es de esperar que ni Ruiz Jiménez ni el mismo Fernández Llanos, se opondrán á que vayamos por ahí todo lo más cómo los que nos sea posible. Con que cubramos las formas se darán por satisfechos.

Y puede que lo pasemos mejor que ellos. Con una camiseta de malla, un botijo fresco y dos conciertos de la Banda Municipal, ora en Rosales, ó ya en el Retiro, como si esuviésemos en San Sebastián dándole cuatro recorridos á la Concha.

Después de todo, el que no se consuela es porque no quiere. Yo conozco á un señor que se quedaba en traje de la Naturaleza,



El comerciante.—Como ve usted, es bastante gruesa.

La señora.—Sí, me gusta, y lo que siento es que no tenga usted dos piezas.

meña los pies en un cubo de agua fresca, después de haber echado en el fondo unos polvos de salvadera; en la mano derecha se colocaba una fotografía de la playa de San Juan de Luz y en la izquierda la fotografía más sicalptica que encontrara de la Chelito, y así se pasaba las horas muertas. Luego nos decía que con un poco de imaginación y algo de buena voluntad, se pasaba tan ricamente el rato, unas veces con la izquierda y otras con la derecha. Según qué fotografía contem-

plaba. Los hay que aprovechan estas ausencias del elemento burgués y andan á caza de gangas, que suele haberlas, unas veces porque han perdido el tren, otras porque no tienen para él, y claro está, que esto siempre produce su natural depreciación. Es como cuando vienen muchas almejas de la Coruña, que antes de que se echen á perder las dan los pescaderos á cualquier precio.

Yo soy de los madrileños que lo pasan



—Te repito que tu novio es un sinvergüenza.

—Papá..., si estás equivocado..., yo te explicaré...

—Nada de explicaciones. ¡Es que vas á enseñar á tu padre á hacer hijos!

muy bien en verano, y no me refiero con esto á lo del marisco, sino á que distribuyo muy bien las horas del día, sabiendo hacer esto, sonríanse ustedes de Ostende, donde, según los periódicos ilustrados, todo el mundo anda sin poder meterse las manos en los bolsillos.

Al rayar el alba, á la pajolera calle camino del Retiro, donde suele haber cada madrugadora y cada trasnochadora que atorolan de preciosos simas. Por aquellas plazoletas no faltan grupitos de modistas que saltan á la comba, y da la casu lidad que se les enreda el cordel casi siempre que llega un transeunte que les es grato y, naturalmente, ¿á que está uno sino á hacer estudios anatómi-

cos, teóricos unas veces, y, cuando se prede, prácticos? Donde dice comba, pongan usteces «gallina ciega» ó «el ratón y el gato» ó cualquier otro entretenimiento juvenil que le permite á usted pasar la mañana «buceando» entre las alamedas de nuestro hermoso Parque.

Por la tarde, á dormir una siesta todo lo más frescamente que le sea á uno posible, y al ser de noche vuelta á la «ru» en busca de oxígeno hasta la una y media de la madrugada, y si dejan, todo lo más arriba de la media que se pueda.

Y con esto, y un gazpachito con hielo ó una ensalada de pepinos de vez en cuando, ¡que le rumben á uno los moscones!

Un pequeño reporter.



POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

¡TODO POR LA ESPAÑA!

—¡Oh, qué bonito día hemos pasado!
Todo él vivido por *ta belle Espagne*.
Que, *avec plaisir*, por ella yo he brindado
con vino *¡bien français de la Champagne!*

¡Tout pour l'Espagne! ha sido en este día
que dedicado le hemos á ella sola.
Y hasta el buen sol de Francia parecía
hoy con su luz ¡un sol á la española!

Yo, *mon cheri*, por tí *l'Espagne* adoro.
¡L'arabe Espagne, romantique, ardientel!
Por que tú tienes un *visage* moro
que yo amo sobre todo enormemente.

Así, pues, en París, *il faut* de vernos
en mi casa otra vez, pues yo quisier,
por *les braves torós* de grandes cuernos,
allí brindar *¡et pour l'Espagne* fiera!

Ya sabes: Veinte francos, *tout compris*.
No dejes, al volver, de visitarme.
Ten mi tarjeta... MADLLE. DELYS,
PARÍS, 69, RUE DE PARME.

Joaquín Alcaide de Zofra.

Saint Germain en Laye.

EL AMOR TODO LO PUEDE



OR las malas pecadoras de Manolo Soriano, Ortiz de Pinedo Ceitzo, Tato y todos esos eternos compañeros encargados de la sección de sucesos en los periódicos de Madrid, ha pasado estos días un drama que, no obstante la perspicacia de los

Adelina, su mujer, no tenía libertad para ir sola á ninguna parte. Al fin, la ofensiva asiduidad del esposo llegó á ser intolerable; la joven se abogaba; el mismo empeño que K. ponía en no dejarla tranquila ni un momento, la inspiró quizá la idea de que el adulterio debía de ser á la vez algo dulce y frígido. ¿Por qué no mordisquear la terrible fruta?

Entre los jóvenes que más arduamente y con mayor discreción cortejaban á Adelina, ésta eligió á uno

Era un muchacho elegante, muy simpático, guapo... El rostro moreno y terso, los dientes blancos y pequeños, el bigote negro muy cuidado... Un hombre mono, bonito, como D. Luis de Tapia y D. Leopoldo Bejarano...

Adoptando grandes precauciones, lograban cambiar algunas palabras por las noches en el teatro, ó los domingos á la hora de misa. Mas aquello sabía á poco; su pasión, azotada por las dificultades, había crecido



—¿Sabes, Micaela, que estoy notando que, en efecto, el calor dilata los cuerpos?

—Vamos, hombre, ¡ya era hora!

admirables colegas, no ha tenido la resonancia que merece.

Se trata de la detención en el puente de Segovia de un individuo que desde muchas noches antes, según habían observado los agentes, rondaba aquellas inmediaciones... Un individuo de edad madura, de continente fuerte y airado, elegante, que, al ser detenido, se negó á dar á conocer su nombre, y que más tarde, en la Comisaría, obligado á declarar casi á viva fuerza, confesó que era el marqués de K...

La historia íntima de esta aventura merece contarse.

K., que no há mucho contrajo matrimonio con una francesa bellísima, es, como todos los maridos viejos, extraordinariamente celoso.



Ella—: Jesús, qué disparate, querer colgar un trozo de caza en el gabinete! Eso no cabe más que en tu cabeza!...

violentemente, y ambos sentían necesidad improrrogable de verse á solas durante dos ó tres horas en una habitación bien cerrada.

Pero, ¿cómo... cuándo?...

Hice poco más de ocho días, el marqués de K. recibió un anónimo, concebido aproximadamente en los siguientes términos:

«Es usted un miserable y un ladrón. Si, á pesar de las bajezas que ensucian la historia

Dos días después, el anciano recibió otro anónimo:

«Eres un cobarde. La otra noche no fuiste á la cita.

»Te desprecio y desde aquí te lleno de saliva la cara. Te espero hoy á la misma hora y en el mismo sitio.»

El marqués llegó al puente de Segovia á las once y media. Dieron las doce, la una...

K. se desesperaba y á cada momento repasaba el anónimo para convencerse de que no soñaba y de que aquello no era una alucinación, como la fantástica cita que dió á don Agustín Moreto la sombra de aquel don Diego Eliseo de Medinilla, á quien el célebre poeta mató en desafío.

Pero, no; lo escrito estaba allí, llamándole, injuriándole.

Pocos días después, el marqués de K. recibió otro anónimo, y después otro y otro, hasta siete.

El marqués, con un valor y una buena fe que le honran, acudió á todas las citas.

Al fin, le detuvieron.

¿Quién dudará de que cada uno de aquellos anónimos proporcionaron á Adelina y á su favorito una loca noche de amor?



—Una de las cosas que me azaran más, es empezar un sorbete sin que se estropee la punta.

—Pues chica, métete la lengua ahora, que no mira el camarero.

de usted, es cierto, como dicen, que conserva usted todavía un resto de valor, esta noche, á las doce, le espero en el puente de Segovia, donde tendré el gusto de romperle el alma.»

Después del teatro, el marqués de K. que, á pesar de sus años, es hombre de arrestos, acudió á la cita,

Allí aguardó inútilmente una hora, dos... Su enemigo no pareció. Cuando K. regresó á su domicilio eran las cuatro de la madrugada. Contra su costumbre, Adelina estaba despierta y leyendo un libro.

—No he podido dormir — dijo la joven con una sonrisa — temía que te hubiese sucedido alguna desgracia.

El marqués la besó en la frente y se acostó, roído por la cólera de no haber podido imponer castigo sangriento al miserable que le había insultado.

Félic Recio

EPIGRAMA

Borda Juanita Legama
su equipo, que, con justicia,
á todos la atención llama;
pues dicen que, aunque novicia,
resultará una delicia
su primer juego de cama.

Luis de Ossa.

LA SONAMBULA

S los que vivimos sueltos por ahí reflexionásemos un poco acerca de lo que es la vida, tal vez pensásemos sin esfuerzo en dejarla... Nos ofrece más que complicaciones y disgustos y errores. Hasta en aquello que más nos place, hallamos a la larga una contrariedad.

Todo esto viene á cuento de lo que le ha ocurrido hace poco tiempo á Polito G., un muchacho muy picarón y muy agradable, que andaba siempre en busca de chapuzas...

Polito fué invitado á la boda de su antiguo camarada Pedro. La ceremonia nupcial debía celebrarse un sábado por la mañana en la artística capilla gótica del hotel que la familia de la novia posee en Andalucía.

Polito, siempre puntual, como todos los desoñados, llegó á casa de sus amigos el jueves por la tarde. Pedro le presentó á su futura. Carolina cuenta poco más de veinte años: es alta, ondulante y muy sobrada de seno y de caderas; sus ojos negros y sensitivos miran con expresión peacirante, registrada; una fuerte expresión de volu tuosidad embellece sus rojos labios entreabiertos. La cena fué alegre. Polito charló copiosamente; la madre de Carolina, una anciana

sesentona, bastante sorda, le observaba sonriendo, maternal y alegre, bajo sus cabellos plateados. Pedro refa también, recordando su dicha cercana; de cuando en cuando, las miradas de Polito y de Carolina tropezaban, y por las andaluzas pupilas de la muchacha pasaban relampagueos extraños.



Ella.—Te declaro que con estos calores me hiervo la sangre. De buena gana me quedaría como mi madre me paró.

El.—Eso quisieras tú; y lo *pasao, pasao*.

—Mi novia—exclamó Pedro risueño y levantando la voz para que su futura suegra le oyese—sería una mujercita perfecta si no padeciese de los nervios. Estos llenan tres cuartas partes de su vida; sufre alucinaciones, es sonámbula, y cuando recibe algún disgusto, su corazón late cual si fuera á saltársele del pecho. Los médicos aseguran que el matrimonio remediará todo eso...

En tanto Pedro hablaba, Carolina no disuadía el terco mirar de sus ojos de Polito, y habla en aquella quieta y obstinada expresión algo anómalo, celirante, ajeno á su conciencia.

Terminada la cena, cada cual se retiró á



—Chico, yo ten fa tirarme una plancha horrosa, al exponerle mis pretensiones á Matilde, y, efectivamente, me la tiré.

sus habitaciones. Polito G. cerró la puerta de la suya sin llave, se desnudó y se metió en la cama. Largo rato estuvo despierto, pensando en la belleza de Carolina, y en que su buen amigo Perico, inocentón y confiado, cometa una gran necedad desposandó una mujer así...

Al fin se quedó dormido, sin acordarse

de apagar la luz que ardía sobre la mesilla de noche.

De pronto, despertó; una mano pequeña, cálida y suave, rozaba su frente; en pie, delante del lecho, estaba Carolina. Polito G. ahogó un grito de sorpresa.

—¿Qué es esto?— balbuceó—, ¿qué quiere usted?

Ella repuso, insinuante:

—Le quiero...

—¿Está usted loca?

—Sí, quizás; pero, no importa; te quiero... te quiero... Te davfa soy libre, todavía tengo derecho para decir lo que siento.

La pasión enronquecía su voz, poniendo en ella un trémolo fascinante y subyugador. Polito, aunque estrechado de cerca por la irresistible tentación, procuró defenderse.

—Vete— exclamó—, vete. ¡Pobre Pedro! ¡Es infame, es inicuo lo que estamos haciendo!

Pero Carolina repelía implacable, con ese loco anhelo de amor que perpetúa el daño de la muerte:

—Te quiero... Te quiero...

Polito, con una lealtad que le honra, aún quiso resistir; pero ella le obligó á callar. ¿Qué hacer?

¡Pobre Pedro!

Al día siguiente todos volvieron á reunirse en el comedor. Carolina miró á Polito impávida, con serenidad y candor aborutos, cual si nada hubiese sucedido entre ellos, y tan noble, tan inocentes, tan limpios de toda impureza se hallaban sus ojos, que el dichoso seductor comprendió que la joven fué á verle hallándose en estado de somnambulismo, y que, por tanto, lo ocurrido no había dejado en ella ningún recuerdo.

Y ahora surge el drama.

El día de mañana, y por motivos sobradamente comprensibles, Pedro presentó en el juzgado correspondiente una demanda de divorcio. Carolina, que nada sabía, lloró, suplicó, y obedeciendo quizás á insinuaciones cautelosas de ocultos y horrosos recuerdos, refirió á Polito su desgracia y la infamante acusación de Pedro.

Polito le explicó lo ocurrido, y Carolina se desmayó.

Lo peor es que G., egoísta y frío, como todos los «profesionales» del amor, se niega á corregir su falta.

—Cuándo fué á verme— dice— ella estaba dormida, ¡luc nada... y qué dables! la pasión que ahora me profesa puede ser tan liviana como la que antes dedicó al otro. ¡No es cuerdo fiarse de sueños!

Clemente de Castro.

EL PRECIO... DE UN CUBIERTO

L sábado pasado llovió concienzuda y refinadamente en Bilbao. Esas lluvias del Norte tienen algo de crueles y de cónicas; parece que las envía el genio de la maldad, inspirado por algún odio misterioso é insaciable. No se acaban nunca.

Llovió, según he dicho, y la dulce Josefina, modelo de pintor, de hermosura y de otras varias cosas, en las que indudablemente se puede ser modelo, encontróse á las tres de la tarde en un portal, sin paraguas y muy aburrída.

¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? A los veinte años no suele ser corriente la indecisión; antes lo es la irreflexión. Sin embargo, Josefina vacilaba entre arrostrar heroicamente el furioso temporal ó pasarse la tarde en aquella portería estrecha y maloliente, en cuyo fondo se vislumbraba un patio sucio, cubierto de cristales.

En estas vacilaciones pasó ante el portal un jovencito bien vestido; volvió á pasar al medio minuto en dirección contraria, y á la postre entró, como si también huyera de la lluvia, para la cual no era, en verdad, muy buena defensa el paraguas que llevaba.

—¡Vays un moço de llover! — dijo Josefina á guisa de saludo.

—En mi vida ví turbión semejante — contestó el joven acercándose á Josefina.

Hablaron duran'e un rato de la lluvia, y luego, como este tema hubiese dado de sí todo lo que podía dar, iniciaron otro, es decir, lo inició el joven mirando fijamente á Josefina.

— ¡Es usted muy bonital

—¿No se ha fijado usted en ello hasta ahora?

—¡Qué quiere usted! Esta pícara lluvia quita la vista.

Josefina sonrió. Aquello parecía el principio de una aventura. En cuanto al fin... ¡Qué le importaba el fin!

Todas las aventuras amorosas tienen el mismo. Ello fué que se propuso escuchar con agrado cuanto el mozalbete la dijo con su adorable ingenuidad de amor experto, y que poco á poco le interesó aquella figurita delicada y graciosa y le hizo entrar en ganas de gustar todas las fases de la aventura.

El galán propuso abandonar el portal y pasar el resto de la tarde y de la lluvia en un café cercano, y Josefina, tras de un borboteo simulador de pudorosa resistencia al pecado, accedió con un gesto, retozándole en lo íntimo de su persona la alegría de la inevitable comida con ostras y champañ.

Así sucedió. Salieron del portal, cruzaron dos calles solitarias, verdaderos arroyos de agua sucia, para cruzar los cuales re-

FILOSOFIA FARMACEUTICA



—¡Si muchos novios supiesen de cuántos secretos está enterado el boticario!

cogióse las faldas Josefina con una gracia deliciosa, y arribaron al café de referencia. Un pasillo estrecho y una escalera de la anchura del pasillo les condujo á los gabinetes.

Juanito redactó el menú y Josefina lo puntualizó, ó, lo que es lo mismo, lo com-

PREGONES CALLEJEROS



—El vendedor.—¡Ay, qué merenguito más rico! ¡A cinco, á cinco!

pletó con varios detalles que á ninguna mujer avisada se le escapara.

La comida deslizóse sin incidentes graves que lamentar. Josefina refase con frecuencia, enseñando unos dientes monfismos, y el galán empezó á emplear las manos. Josefina no se resistió ¿Para qué, después de

todo? Aquello era el fin, y hasta el fin se había propuesto correr la aventura.

Luego, al cabo de un buen rato, le hizo rentar otra vez ante la mesa y le obligó á beber una última copa de champaña, la mortal, porque con ella se quedó el pobre chico dormido, y no despertó hasta que un camarero, acostumbrado á estos finales, le tocó en un hombro, diciéndole oficiosamente:

—La señora se marchó hace un rato; pero tranquilcese usted, no se ha llevado más que el paraguas.

Fernando Amado.

DE MI LIRA

Á UNA MENDIGA

Tu cuerpo virgen, linda mñeca,
hálito exhala de juventud,
mientras el hombre, con hosca mueca,
tronchar pretende, cual hoja seca,
tu acrisolada férrea virtud.

Á UNA ESQUIVA

En el amor, por ingrata
que seas, bella Remedios,
no existen términos medios;
pues Amor ó muere ó mata.

Á UNA COCOTA

Era rico y me querías;
hoy soy pobre y no me quieres...
¿Por qué ocultáis las mujeres,
tras de eróticos placeres,
engendros de rebeldía?

Á UNA BAILARINA

Siempre que te encuentro en el paseo;
en tus ojazos los míos clavo;
arde en tí la llama del deseo,
y como en tu faz amor no veo,
seré tu amante, mas no tu esclavo.

Elias Sancho Gallet.

EL GRAN SECRETO



ACE unos cuantos días recibí la siguiente carta, que merece leerse, de mi amigo Adolfo Lonilla, un muchacho pintor inteligentísimo:

« Mi querido Jacinto: Tengo que contarte muchas cosas desde mi última. Es decir, muchas cosas, no; es una sola la que tengo que contarte; pero, ¡qué cosa, amigo mío!

« Ya sabes que me oculté en el mes de Mayo en un pueblecito de Santander, á fin de recobrar fuerzas para continuar la tremenda lucha por la vida, en la que todavía no he saboreado grandes éxitos, y que los primeros días de mi aislamiento fueren felicitosos.

» Pues bien; cádate que de pronto desaparece esta felicidad, mejor dicho, desaparece la tranquilidad sin ejemplo en que vivía.

» Una tarde, al regresar de mi cotidiano paseo por las márgenes del río, me crucé con una señora como de treinta años de edad, morena, admirablemente formada y con un dejo de tristeza que me impresionó mucho. Ya sabes que soy muy impresionable.

» No dije nada á la señora. Nos miramos y pasamos de largo; mas al día siguiente volví á encontrarla, y ya no me fué posible guardar silencio ni contener mi admiración.

» La saludé y contestó amablemente á mi saludo; inicié una conversación vulgar y me secundó con una gracia exquisita; la propuse pasear juntos y accedió *ipso facto*.

» ¡Ay, Jacinto de mi corazón, mejor hubiera sido que no aceptara! Aquella mujer poseía el verdadero encanto de la seducción irresistible. Su digno continente, su conversación amena, pero correctísima, su belleza arrogante, casi intocada—pues luego me confesó que era viuda y que perdió á su marido á los ocho días de casados, de resultas de un aire—y otras varias circunstancias que serfa prolijo y cruel enumerar, empezaron á marearme, produciéndome un vértigo delicioso que acabó de mala manera.

» Verás cuál fué la mala manera en que acabó.

» Ocurriósele á una hormiga trepar por el vestido de la viuda y colarse subrepticamente por el cuello de la blusa hasta el nacimiento del seno, punto encantador en que mi amiga se dió cuenta de la presencia del animalejo.

» Como es muy sensible y muy nerviosa, asustóse creyendo que la hormiga era un cocodrilo, y tal fué su espanto que se quedó sin movimiento. ¿Qué hubiera hecho en mi lugar? ¿Acudir en auxilio de aquella mujer? Pues eso hice yo precisamente, y desabrochándola la blusa, echéme á buscar



ESTEVANILLO

— Pa dejar á ese hombre y volver contigo necesito, como condición, que te des un baño cá mes por lo menos.

— ¡Camará, qué limpia t'as vuelto desde que andas en eso de la higiene!

el animalejo, á quien, sin duda, le debió entusiasmar el paseito y no paró hasta la cintura. Allí lo encontré.

» La viuda se había desmayado de rubor y susto, y gracias á mis solícitos cuidados, no pasó el desmayo á mayores, pues te confieso que hubo momento en que la creí muerta.

» Vistióse rápidamente y solicitó de mí que la acompañase á su casa. Cuando llega-

mos á ésta, me invitó á tomar café... Retu-
damos la conversación; la hablé de la hor-
miga providencial y del amor en que me
abrasaba, y me dílice a mí; cerró los ojos y
se me vistió muy agradecida.

»Nos separa una ya entrada la noche, yo
completamente feliz y ella enamoradísima
de mí persona. Me prodigó los más tiernos
calificativos y me rogó que volviera á verla
al día siguiente.

»Volvi, como puedes figurarte, me recibió



—Señorita, ¿me permite usted que le echo
una mano?

más hermosa que nunca y nos quedamos en
casa. El tiempo estaba lluvioso y no era cosa
de exonerarme á morir de un aire como el
difunto marido de Engracia.

»Esta vida duró diez días. La viuda estaba
cada vez más enamorada y sedienta y yo no
le iba en zaga.

»Unos días nos estábamos en casa, en un
gabinete que daba frente al río; otros, nos
íbamos de paseo á un pinar cercano, en el
que nos entreteníamos en representar escenas
idílicas al uso de los pastores de la anti-
gua Arcadia, y todas las noches tomábamos
café juntos, jugábamos á las cartas un par de
horas y nos despedíamos cariñosamente.

»Excuso de irte que mi felicidad sólo
podía compararse á la del hombre que ha

encontrado, si no la filosofal, otra piedra
cualquiera que fuese firme cimiento de su
dicha.

«Un día tuve que ausentarme del pueblo
para asuntos urgentísimos. Engracia me
despidió llorando y yo tuve que hacer va-
riones esfuerzos para no llorar, pues cal-
culaba que había de eocar muy de menos
los encantos casi sobrenaturales de mi
amiga.

«Apenas regresé, fui á verla. La doncella
me dijo que no estaba visible. Volví por la
tarde y me recibió friamente, diciéndome
que se arrepentía de sus extravíos y que en
lo sucesivo sería una mujer modelo. Quise
despertar en ella á la mujer de ocho días
antes, apelando á los más cariñosos extre-
mos, y poniéndome una mano sobre el
hombro y dejando de besar la frente por
última vez, me rogó que la olvidase. Y claro
está, he tentado que olvidaria.

¿Qué hacer? Pero la pena me embarga y
me entristece. Estoy desesperado. No sé...
no sé...

Añó; te abraza, Adolfo.»

Hasta aquí la carta de mi amigo. Después
he sabido que el arrepentimiento de la viu-
da consistió en un capitan de husares, po-
sedor de cierto secreto amoroso, de esos
que les llegan al alma á las mujeres.

Jacinto Carmin.

BESOS DE AMOR

¡Dulce beso de amor! En la apacible
y poética calma de la noche
suena como una nota de cristal;
luego, sus ondas el espacio hienden,
vuelan sobre los árboles dormidos
y hacia otros mundos á perderse van.

Los dos amantes escuchando quedan
de su beso el rumor enamorado
hasta que en las alturas se apagó,
y por seguir gustando aquella música,
se besan otra vez, y el bosque entero
vibra con un suspiro de pasión.

Nuevamente regalan sus sentidos,
aquel beso candente, melodioso,
como tocado en arpa de cristal,
y á gustarlo de nuevo se disponen,
el varón murmurando: — ¡Más, más be-
[sos] y ella diciendo: — ¡Más, bésame más!

Mario Egea.

UNA ENQUÊTE CURIOSA

UN cierto psicólogo francés, que oculta su personalidad tras un pseudónimo femenino, ha lanzado desde uno de los grandes rotativos de París, la siguiente pregunta:

¿La maternidad aumenta, disminuye ó aniquila totalmente, en los esposos, el deseo pasional?

Hasta la fecha, muchas mujeres han contestado, varios hombres echaron también su cuarto á espaldas, y, como siempre, las opiniones aparecen divididas. Es curioso ver cómo las respuestas pueden agruparse según las diferentes clases sociales á que las mujeres pertenecen.

Las aristócratas, para quienes las amarguras de la lucha por la vida no existen, se declaran, salvo excepciones rarísimas, enemigas de los hijos.

«No me gustan los niños—declara una marquesa—á los niños son egoístas, molestos, sucios. Un niño—dijo Platón—es la peor de las bestias ferozes.»

Una condesita, muy propensa á proteger á los artistas guapos menores de treinta años, se expresa con más blandura.

«Si la limpieza no me gustase tanto—escribe—querría tener un hijo. La crianza de los niños es fastidiosísima; las buenas madres no consiguen nunca verse durante media hora completamente limpias, y ya se sabe que los hombres elegantes huyen de las mujeres que huelen mal.»

Una soltera dice:

«Viendo á un hombre gallardo, pensamos en el amor, nunca en la maternidad. La maternidad, á mis ojos, es una expiación, el tormento con que el cielo castiga un momento brevísimo de felicidad.»

Una viuda exclama amargamente:

«Para qué poner ternura en los hijos si más tarde, ellos y ellas, han de dejarnos!»

Una parisina, cuyo nombre y señas (aunque viejo) siento no conocer, confiesa con ingenuidad seductora y ardiente:

«Sí, los defensores de la infancia tienen razón: los labios de los niños son labios sin mácula, limpios, inocentes, leales; los únicos quizás que no manchan la pureza de la plebataria. Pero... entre un hijo y un marido, me quedo con el último; nada tan dulce como

COMENTARIO A UNA NARIZ



—Chica, si ahí nieva...

sentir en nuestra nuca el cosquilleo de un bigote varonil.»

Hay respuestas irónicas de un humorismo cruel, e si grosero.

«Nada tan ridículo—afirma *Una aristócrata*—como la figura de esas señoras embrazadas que van por las calles caminando á paso de tortuga y rodadas de chiquillos.»

Las ordenadas burguesitas y las cortesanas locas, obedeciendo á leyes contrarias, se

LEA USTED EL JUEVES
EL LIBRO POPULAR
QUE PUBLICA

LA INFANTICIDA
Novela inédita por JOAQUÍN DICENTA

Con ilustraciones, 32 páginas, papel couché, 20 cts

EN EL SEGUNDO NÚMERO, PUBLICARÁ

EN LAS CAVERNAS, por la Condesa de Pardo Bazán

muestran partidarias acérrimas de la maternidad. Traduzco á continuación algunas respuestas.

«Un hogar sin hijos es un cementerio.»

«Los hijos son pedazos de nuestro espíritu y de nuestra carne; por asegurar la vida de mi hijo Fernando, daría la vida, todo cuanto tengo, todo lo que he amado.»

Una hetera, la encantadora Luciana Dupuis, dice:

«Los niños son odiosos desde que empiezan á ser hombres.»

Y una... famosa completista española, muy hermosa y muy buena. (y á quien no me atrevo á nombrar) declara:

«Deliro por los niños de tal modo, que pienso sacar uno de la Inclusa, ya que, haciendo por ello, Dios no quiere concederme la alegría de ser madre.»

En general, creo que los amores de esposas y de madre, sin ser opuestos ni mucho menos, se estorban y perjudican bastante. El amor, por consiguiente, es «el pretexto» de la maternidad, por lo que no es difícil que las esposas, después del alumbramiento, se aficionen á los hijos mucho más que lo estuvieron al marido.

Los hombres son partidarios débiles de los niños. Durante el primer año de bodas, todas son flores. Después llegan los hijos y con ellos se va el amor... ¡Y queda la suegral...

Julio Mata.

París, 2 de Julio.

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

EL PARAISO

Afortunadamente tenemos ya en Madrid un lugar agradable donde pasar las noches estivales: *El Paraíso*.

Por unas pocas perras, muy poquitas, se entra en el lindo parque de recreos, amplio y fresco, y además de encontrar en él á *Don Genaro, el feo*, tan feo como gracioso, valga la verdad, y á varias muchachas muy bonitas, se tiene y se disfruta del cinematógrafo, gran restaurant, patines, lawn tennis, cable aéreo (espectáculo de emoción), trinquetes americanos de bolas (novedad en España), tiro al blanco, máquinas de recreo, etc., etc.

En Madrid no hay ni ha habido, desde hace mucho tiempo, nada tan completo; esta es la verdad.

Bien se nota que figura en la Empresa un hombre joven, de inteligencia y de iniciativas, Enrique Bescós, que cuando se lanza á hacer una cosa, la hace bien.

El Paraíso está todas las noches atestado de gente, y es muy natural. Quien no vaya es que no tiene gusto y se quedará, además, sin saber lo que es bueno...

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL



LA HOJA DE PARRA

● REVISTA FESTIVA ●

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.—NÚMERO ATRASADO: DIEZ CÉNTIMOS.

APARTADO DE CORREOS, NÚMERO 547.